

PRESENTACIÓN

Eran los primeros meses del gobierno de Felipe Calderón, momento propicio para organizar un encuentro sobre el tema nada novedoso de la corrupción. Al inicio de cada periodo gubernamental suelen reverdecer las esperanzas de que es posible un cambio en las prácticas de abuso ofensivo del poder y de complicidades vergonzantes. No eran pocos los casos alarmantes que dejaba el sexenio anterior en esta materia, confinados —debe decirse— no únicamente al partido gobernante sino extendidos también a figuras visibles de los partidos de oposición en los peldaños más altos de los diferentes niveles de gobierno.

El Seminario convocado llevó por nombre “Lo que todos sabemos sobre la corrupción y algo más”, título que pretendió ser atractivo para el público, pero que a fin de cuentas resultó ingenuo. En el transcurrir de los últimos tres años han aparecido libros, testimonios de actores directamente involucrados en escándalos de alcance nacional y resonancia internacional, que contienen revelaciones inauditas, entramados y complicidades que unen en la oscuridad a quienes públicamente gustan de mostrarse como antagonistas. La corrupción funciona como un pegamento que une todo tipo de voluntades y ambiciones. Y entonces, al buen ciudadano y a los académicos de pasada, por más que demos rienda suelta a la imaginación, nos rebasan los trasiegos y trafiques que se desplazan por los corredores de la inmoralidad.

Lo cierto es que el Seminario contó con especialistas talentosos que desde el mirador de sus respectivas especialidades han cultivado el tema con el afán de explicarse un problema que pese a su extensión en lo cuantitativo y por los niveles en donde penetra, no puede considerarse sistémico, pues no es el país, no es

la población la que se entrega irresponsable a la rapiña, antes al contrario, es impresionante la cantidad de gente que día a día sale a la calle a buscar el sustento de sus familias con sacrificio y abnegación.

El *Diccionario de la Lengua Española* entiende en una de sus acepciones que la corrupción significa diarrea. Es algo sucio, repelente, aun cuando quienes se ensucian las manos con recursos mal habidos para nada se inmutan. El peligro lo constituye la ligereza con la que se cometen los abusos y las complicidades que han surgido entre funcionarios, policías, delincuentes, operadores dizque políticos para taparse unos a otros con desvergüenza compartida. Lo preocupante es el cinismo en boga y la aceptación desenfadada del problema. Hace años pude atestiguar el caso de un funcionario que había cobrado una cantidad en millones de pesos por gestionar la compra de un terreno por una institución dedicada a la promoción de vivienda de interés social. Estuvo en la cárcel, pero como suele ocurrir salió libre meses después. Entonces demandó a la institución bajo el argumento de que todo servidor público está expuesto —así, expuesto— a recibir dádivas, gratificaciones, compensaciones en el desempeño de sus tareas.

El Banco Mundial define a la corrupción como “un uso indebido de los servicios públicos para beneficio personal”. Otra definición señala que “la corrupción se define operativamente como el uso ilegal de los recursos confiados para el enriquecimiento privado”. Una más de Juan Palomar de Miguel abunda en el siguiente sentido: “La corrupción es la perversión en la que incurre un funcionario público o cualquiera otra persona responsable del manejo de fondos o de bienes de otros, tolerando actos fraudulentos de sus subordinados y participando él mismo en las ganancias por esta conducta ilícita” (tomadas las definiciones del Servicio de Administración Tributaria).

Los elementos salientes de las definiciones citadas son el uso indebido e ilegal de recursos, la perversión, la displicencia con los fraudes, la participación directa en los desaseos. Se restringe

a los fondos públicos, pero no puede reducirse a actores públicos si en el proceso de los latrocinios de esta índole intervienen personas del sector privado y una legión de personas frotándose las manos.

Y como acaece con todas las definiciones, resulta dificultoso que engloben a todas las manifestaciones de estos abusos que se vinculan con diversas figuras delictivas, el robo, el abuso de confianza, el peculado, el enriquecimiento inexplicable, a saber, y con una ramificación inabarcable de efectos en lo tocante a las personas que son víctimas de extorsión, a menudo las más vulnerables del espectro social que en su indefensión ven menguados sus ingresos, a las complicidades de las policías en los altos mandos con el crimen organizado en la comisión de actos delictivos, en el contubernio de autoridades para autorizar obras públicas o conceder el permiso para la construcción de una modesta vivienda. La relación es amplia, el lector podrá referir más de un ejemplo y señalar a más de uno de estos siniestros personajes que no caen ya en prisión ni como chivos expiatorios. El escritor y analista Federico Reyes Heróles manifestaba recientemente que la corrupción resta un 5% al producto nacional bruto. Los corruptos sonreirían con lo bajo del porcentaje, la población se indignará por la cantidad que representa en números redondos y que le escatima al país posibilidades de desarrollo.

Pues bien, el lector cuenta en este volumen con interesantes contribuciones que no pueden abarcar la totalidad del problema de la corrupción, pero hallará revelaciones e interpretaciones sugerentes. Lo más importante es que comulgaremos en la convicción de que existe una salida, de que prevalece una poderosa reserva ética en la sociedad, y que el camino del estudio y de la reflexión es un abono poderoso para combatir y extirpar esta lepra lamentable.

Ricardo MÉNDEZ-SILVA